



PLUM & WAPIZ
30 C



PLUMA Y LÁPIZ

«SEMANARIO DE ARTES»

ADMINISTRADOR
Arturo D'Alencon

DIRECTOR
Fernando Santivan

DIRECTOR ARTÍSTICO
Cristóbal Fernandez

PRIMER REDACTOR
Martín Escobar

Secretario: Daniel de la Vega.

Correspondencia al Director: Casilla 2443
□ Oficina de Redacción: Morandé 432 □

Administración; Suscripciones, Avisos, Informes,
□ □ □ □ □ Casilla, 1684 □ □ □ □ □

AÑO I

SANTIAGO, 23 DE AGOSTO DE 1912

NUM. 6

Opiniones

Cuando se comienza la vida, cualquiera opinión sobre nuestros trabajos forma verdaderas tempestades de inquietud, de cólera, de alegría, de zozobra, en nuestro espíritu ávido de emociones.

Es la falta de aplomo de la naciente personalidad que ve amenaza de fracaso en toda negación, y horizontes de triunfos en cada palabra de aliento.

Luego, cuando el sol de la vida nos va tostando el rostro, cuando las caídas comienzan á «curtir» la epidermis, embotando en parte su irritable sensibilidad, las críticas apenas si rozan la superficie del espíritu.

Entonces se le dá á cada palabra «crítica» su verdadera significación. Ni se les concede entero crédito á las alabanzas, ni se exagera la importancia de un juicio adverso.

Sabemos que, de cien opiniones diferentes, no hay dos que concuerdan sobre un mismo punto. El mundo, como un niño voluntarioso, nos pide por sus millares de bocas, algo que alhague su infinita variedad de temperamentos. Aquél desea trabajos amables, sonrientes; éste exige dramas hondos, amargos; aquel otro, confites de romanticismo dulzón; estotro, sabias concentraciones de vida al desnudo.

Y concluiremos por encogernos de hombros como aquellos labriegos de la Fábula de la Fontaine: «Le Meunier, son

films et l'âne» quienes, después de tratar inútilmente de seguir los consejos de todos los transeuntes, deciden cargar su burro á costas, pese á todas las observaciones.

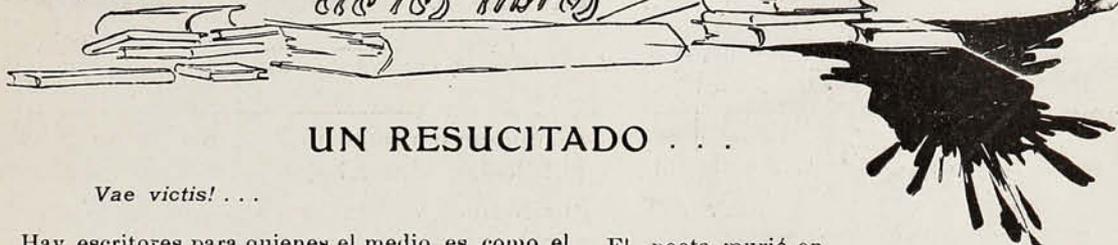
* * *

Todo esto hemos pensado al leer, primero, un artículo del señor René Hurtado Borne,—joven novelista de innegable talento,—que nos ataca rudamente en un diario por cierta caricatura publicada en estas páginas, y hemos vuelto á pensar lo mismo al leer otro artículo de nuestro compañero de Redacción, Martín Escobar, publicado en esta misma sección, á propósito de concursos literarios y á cada paso encontraremos motivo para repetir igual cosa. Cuando Diego Dublé Urrutia ataca á Rubén Darío, ó cuando Armando Donoso enristra lanza en defensa del modernismo; cuando Daniel de la Vega se enfurruña ante los de la «antigua escuela» y cuando don Samuel Lillo fulmina á los muchachos endiablados de la más reciente generación.

«Pluma y Lápiz» sonríe fraternalmente á todos.

Porque sabe que las opiniones personales son siempre relativas, y que si algo valen, es más bien en su conjunto, en su chocar honrado y fogoso, formando así la sinfonia orquestal de la naciente literatura patria.

Al margen
de los libros



UN RESUCITADO . . .

Vae victis! . . .

Hay escritores para quienes el medio es como el humo: les envuelve, les baña enteramente y ni siquiera se dan cuenta de que están dentro de él. Y no es que ellos sean de la casta de espíritus fuertes, capaces de insultar al tiempo,—de que hablaba el poeta griego,—y que bien pudieran vivir fuera de su época en violenta superación de ideal y de ensueño; por el contrario: alientan en él sin darse cuenta que existe, sin sentirlo y sin comprenderlo. Este es el caso curiosísimo de Diego Dublé Urrutia, poeta que allá por sus verdes mocedades compuso hermosos versos y que hoy, ahogado por sus menesteres diplomáticos, ha dejado morir en él al poeta, al lírico joven, para transformarse en un burgués cualquiera, pero en un burgués que lleva sobre sus hombros el pecado divino de haber comprendido la belleza, de haberla sentido hondo y de haberla dejado escapar un buen día, como una cosa inútil, como si fuese un estorbo para la gravedad de su misión cortesana. Y es la ocasión de preguntarse aquí: ¿acaso la diplomacia constituirá un peligro para nuestros escritores jóvenes? en ella perdió Emilio Rodríguez Mendoza la poca frescura que como novelista le quedaba antes de partir de Chile, en ella perdió también Angel Pino ese su buen humor chileno, sano, retozón y alegre, á cambio de esta gravedad insoportable de que se ha revestido en la actualidad para hilvanar hasta gacetas volantes; y, en ella perdieron también todo sus bagajes de ensueños Gustavo Valledor, Augusto Thomson y Diego Dublé Urrutia.

Así, pues, no me ha tomado de sorpresa que en una carta reciente, publicada en esta revista, diga el poeta «Del Mar á la Montaña», entre otras cosas, con vistas á lo trascendental y á lo *cursi*, lo siguiente: «... En Europa, la poesía no lleva hoy ningún rumbo fijo. Ningún poeta grande se presenta. En España, Rubén Darío ha conseguido *decadentizar* (sic) á los buenos españoles, movimiento superficial y sin ningún alcance que entretiene á los peninsulares con ilusiones de renacimiento»... Hasta poco antes de leer tal *auto-gnosis* con pretensiones pontificales, me confieso de haberme contado entre los pocos que creían firmemente en el porvenir literario de Diego Dublé Urrutia, y me atrevía á aguar ar el tan deseado parto que nos reservaban su lirismo y su afán de estudiosos.

Desgraciadamente, ante el enigma de las cuasi confidencias de la carta dirigida á Allan Samady, dudo y rezo para mi fuero interno como lo hiciera Quevedo ante una calavera: «*Requiescat in pace*; ¡oh pobre muerto en vida!; tus ideales son ceniza vana!...»

El poeta murió en él con la juventud: ¿tal vez de angustia? acaso de impotencia? Su falta de curiosidad intelectual es signo visible de que en su espíritu desierto ha triunfado Caliban sobre Ariel...

«Ningún poeta grande se presenta»—dice—; y, nosotros, americanos, pobladores en el último *coin du mont*, que no usamos cristales de aumento, nos atreveríamos á preguntarle, con cierta curiosidad de escolares inquietos: ¿Acaso un Francis Jammes, un Richard Dehmel, un Rudyard Kipling, un Gabriel D'Annunzio, un Eugenio de Castro, un Mauricio Maeterlink, un Rubén Darío ó un Guerra Junqueiro, son poetas de poca monta ó lacayos de una lírica despreciable? ¿Cuándo un poeta cantó en versos más rotundos y humanos á la vida, como ese Atlante de las gestas del trabajo, que se llama Verhaeren? ¿Acaso jamás hubo porta-lira más ajeno al artificio que el maravilloso lírico de las «Clairières dans le ciel»? ¿Cuándo la poesía dramática revistió mayores esplendores y tuvo acentos más intensos que en esos poemas siderales de D'Annunzio el Magnífico, que se llaman «La Nave» y «La Figlia di Jorio»? ¿Cuándo un poeta civil, mitad Tirteo y mitad Ezequiel, tronó en poemas más recios y duros contra la mollicie de los privilegiados, que cuando Guerra Junqueiro encendió los carbones de sus versos sobre las llagas de la monarquía portuguesa? Y, ¿cuándo, por fin, se escucharon en lengua española sonos más dulces y acordados que los de ese maestro divino de «El canto errante»? Sin embargo, Dublé Urrutia negará que todos éstos son grandes poetas, grandes renovadores, como lo fueron Góngora y Hugo en su tiempo? ¡Es tan fácil odiar lo que se desconoce!... Solo así se comprende intensamente el sentido desconcertante de aquello que... «En Europa la poesía no lleva hoy ningún rumbo fijo»...

Concedámosle al señor Dublé Urrutia el derecho de lo que desea: vivir en pleno anacronismo creyendo que la poesía murió con Lamartine y con don Ramón de Campoamor. Empero, nosotros, continuemos en la creencia de que la lírica actual está más cerca de nuestros anhelos de hombres modernos, porque es más humana, porque todo lo penetra con sobria sutileza y porque abomina de la retórica, de la gramática y de ese clacisismo empalagoso y hueco de los Ercilla, de los Ronsard y de los Moratines, habidos y por haber.

ARMANDO DONOSO.

